



RENACER DE FERNANDO LLORT

LLORT ES PINTOR, ESCULTOR, MURALISTA, COMPOSITOR Y FUNDADOR DEL MOVIMIENTO PICTÓRICO DE LA PALMA, EN CHALATENANGO. HA PARTICIPADO EN VARIAS EXPOSICIONES INDIVIDUALES Y COLECTIVAS ALREDEDOR DEL MUNDO, Y HA GANADO RECONOCIMIENTOS EN TRES CONTINENTES DEL MUNDO.

CRÓNICA

DESPUÉS DEL ÚLTIMO SEGUNDO

De nuevo vi la luz en la superficie y sentía que no avanzaba, pero no me rendía.



ARTÍCULO

CREDOS LITERARIOS

Es raro el escritor, genial o mediocre, que arroja una luz nueva sobre la entidad del poema y su vida metamórfica.

TEATRO

En Escena 2011

ROBERTO CARBAJAL
Actor

Al finalizar el presente año no podemos dejar escapar, lo que ocurrió con el arte teatral. Es asombroso que en un país donde el teatro no ocupa un lugar favorable para el público medio, en 2011 contamos con más de una decena de producciones teatrales que a pesar que se estrenaron no se desarrollaron como se espera en el ámbito escénico lo que ya se ha vuelto costumbre en nuestro medio. El arte escénico enfrenta siempre los mismos problemas: poco acceso a los espacios escénicos tanto públicos como privados y si se tiene un espacio no disponemos de una difusión y promoción de cada obra o espectáculo por parte de quien renta o presta dicho espacio.

Pero si volvemos a las producción escénica de 2011, nos satisface que se puso en escena la obra ganadora del premio Casa de las Américas 2010, galardón otorgado a Jorgelina Cerritos, sin embargo esperaba una producción realizada por la misma autora y que lo pusiera en escena con su propio elenco como ya lo había hecho con sus otras creaciones. Las otras

producciones fueron desde obras experimentales, dramas existenciales, monólogos, teatro de calle, infantil, mimo, clown, comedias entre otras.

Hubo dos grandes eventos que aglutinaron las producciones nacionales: miradas escénicas y la muestra nacional de teatro organizados por la Secretaría de Cultura, aunque se dejó de producir el Festival de Teatro Infantil, el festival universitario. Contamos desde 2011 con la casa del teatro que es una buena oportunidad para que los teatrístas nos apropiemos de este espacio y sea una ventana de programación permanente. Hay algunas deudas que no se solventaron como lo fue la conmemoración del Bicentenario que no se aprovechó del todo pues en su momento presenté tanto al gobierno central como local el proyecto de producción de la obra Júpiter de Francisco Gavidia la cual es una obra histórica nacional que refleja el gran acontecimiento de Independencia y que hubiese sido idóneo para ser vista y de esta manera instruir y hacer reflexionar al público

nacional sobre tal efemérides; además de estimular y dar la oportunidad de desarrollar su creatividad a los actores nacionales. Otras deudas que podemos mencionar son: la activación del circuito de teatros nacionales con programación constante de todas las producciones nacionales que deben presentarse en estos grandes escenarios como una buena alternativa de desarrollo cultural en el interior del país donde las producciones nacionales deben llevarse a estos teatros con estímulos de producción, promoción y difusión. También queda como deuda proteger al artista en el caso de la seguridad social ya que en el pasado como actualmente tenemos casos de actores, escritores y bailarines que adolecen de graves enfermedades y se encuentran a la deriva en cuanto a la atención en salud. Necesitamos reactivar las demandas pasadas de nuestro gremio pero que hasta ahora no ha habido eco y que la Ley de Cultura y teatro propuestas sean retomadas.

Necesitamos reactivar las demandas pasadas de nuestro gremio pero que hasta ahora no ha habido eco

En general, se llevaron a escena varias producciones y con un público que asistió en forma "regular" queda siempre la tarea ineludible de llevar al espectador lo mejor a escena aun cuando las limitantes y los obstáculos se deben superar existe la expectativa de desarrollar idealmente un teatro que representa el sentir y pensar de nuestra sociedad y que a un futuro próximo logre mucho más retribuciones que deudas.

PINTURA

TRAGEDIA EN EL ARTE SALVADOREÑO

INDIGNADO
Colaborador

Tras enterarme, por distintos medios, de la noticia sobre la destrucción de la obra de Fernando Llorca, ocurrida a finales del año recién pasado, no pude más que lamentar con indignación, ese atroz atropello.

Reflexionando sobre las implicaciones de tal desatino, de inmediato debo referirme a lo dispuesto por el Artículo 53 de la Constitución de la República, que establece que: "El derecho a la educación y a la cultura es inherente a la persona humana; en consecuencia, es obligación y finalidad primordial del Estado su conservación, fomento y difusión..." Por otra parte, el Artículo 63 de la Constitución establece que: "La riqueza artística, histórica y arqueológica del país forma parte del tesoro cultural salvadoreño, el cual queda bajo la salvaguarda del Estado y sujeto a leyes especiales para su conservación." Y por su parte, la Ley especial de protección al patrimonio cultural de El Salvador, define que se consideran bienes culturales. Si bien esta ley impone una condición no prevista por

la Constitución, como es, que solo han de considerarse bienes culturales los que hayan sido expresamente reconocidos como tales por la Secretaría de la Cultura. La norma constitucional, impone que la riqueza artística forma parte del tesoro cultural salvadoreño, el que queda bajo la salvaguarda del Estado y sujeto a leyes especiales para su conservación, no para su determinación.

No obstante, de acuerdo con la citada ley, entre los bienes que conforman el patrimonio cultural de El Salvador, se encuentran los bienes de interés artístico —cuadros, pinturas hechos enteramente a mano sobre cualquier soporte y en cualquier material, grabados, montajes artísticos originales en cualquier material, cuyo destino, es el goce de los habitantes de la República. Se consideran, además, como bienes culturales todos aquellos monumentos de carácter arquitectónico, incluyendo por supuesto, la Catedral Metropolitana. La comentada Ley, impone al Estado, las Municipalidades, así como a las personas naturales o jurídicas, la obligación de velar por el cumplimiento de dicha Ley. Por supuesto que no escapa a tal obligación, la Iglesia Católica a la que se le reco-

noce su personalidad jurídica el Artículo 23 de la Constitución. Independientemente, de la posesión y propiedad privada de un bien cultural, toda persona tiene la obligación de informar de su existencia al Ministerio de Educación y a la Secretaría de Cultura, así también, ante un inminente daño o exposición a peligro, toda obra de esta naturaleza, debe de ser protegida (Arts. 11 y 8 de la mencionada Ley), incluso ante tales circunstancias —de daño o peligro— la Ley prevé incentivos fiscales, tales como la exoneración de impuestos, respecto de los gastos efectuados en la conservación, restauración o salvaguarda de tales bienes.

Es evidente que la irreparable destrucción de la obra de Fernando Llorca, nos afecta a todos, y la mustia justificación de la jerarquía de la Iglesia, limitada a que no sabían que tal obra era parte del tesoro cultural salvadoreño, no consuela ante la tragedia ocurrida. Ninguna persona puede alegar ignorancia de la Ley (Artículo 8 del Código Civil). Si bien se han pisoteado leyes "civiles", vemos algunas normas eclesásticas que también ha ignorado el Prelado. El SACROSANCTUM CONCILIIUM sobre la Sagrada Li-

turgia, impone diversas normas, entre las cuales destacan las contenidas en el Capítulo VII que habla del Arte y los objetos Sagrados. Hay una clara manifestación de la madre Iglesia, en cuanto a que siempre fue amiga de las bellas artes, respetando el libre ejercicio de los estilos artísticos, acomodándose al carácter y condiciones de los pueblos, aceptó las formas de cada tiempo, creando en el curso de los siglos un tesoro artístico digno de ser conservado cuidadosamente.

Impone dicho documento que al juzgar las obras de arte, los "ordinarios del lugar" consulten a la Comisión Diocesana de Arte Sagrado, y si el caso lo requiere, a otras personas muy entendidas... Así también dispone que vigilen con cuidado los ordinarios, para que los objetos sagrados y obras preciosas, dado que son ornato de la Casa de Dios, no se vendan ni se dispersen.

Recomiendo respetuosamente, al Prelado, lea cuidadosamente la carta del Santo Padre Juan Pablo II a los artistas (misma que puede ubicar en la página web del Vaticano) —"Nadie mejor que vosotros, artistas, geniales constructores de belleza, puede intuir algo del pathos con el que

Dios, en el alba de la creación, contempló la obra de sus manos."

Ahora bien, ante lo ocurrido, se impone en un Estado de Derecho, donde no caben privilegios, que la Fiscalía investigue el delito de daños agravados (Art. 222 del Código Penal) puesto que el daño se ejecutó en bienes (la obra y la Catedral) que forman parte del patrimonio cultural. Y se obligue a los infractores, a resarcir al autor, por la grave afrenta al destruir su obra, quien por siempre ha de conservar su derecho moral.

El Derecho de Autor, especial materia que vela por la protección de la creación intelectual, reconoce a favor de los autores, tanto los derechos económicos derivados de su obra, así como el derecho moral, es decir la paternidad —maternidad— sobre sus obras o creaciones, y este derecho imprescriptible e inalienable, comprende, entre tantas otras, la facultad de destruir la obra; en consecuencia, únicamente el Autor, puede disponer de su obra, incluso su destrucción. La violación a este derecho —facultad—, es el que, de acuerdo con la Ley, da lugar a una justa reparación del daño e indemnización de perjuicios.

De la iglesia católica salvadoreña y su inmoralidad est-ética

LA OBRA DE LLORT REPRESENTA UN PACIFISMO UTÓPICO, EL RETORNO A UN CRISTIANO PRIMITIVO, QUE HOY LA IGLESIA JUZGA INCÓMODO.

RAFAEL LARA-MARTÍNEZ
Tecnológico de Nuevo México
soter@nmt.edu
Desde Comala siempre...

Que la iglesia católica carece de autoridad moral no es una idea reciente. Sus actos lo confirman (a leer al ritmo “Abriendo caminos” de La banda del sol). Para el siglo XX, en El Salvador, el 2012 cumple ochenta años de su ruina ética. La quiebra moral de la iglesia la testimonia el propio Farabundo Martí. Sus palabras olvidadas las recoge un seguidor suyo en el exilio. La confesión del líder funda una ética como principio político esencial.

“¿Creéis, padre, que es justo este medio social de nuestra Patria? ¿Creéis que es justo también este concubinato de la iglesia con el poder militar que nos desangra? ¿Creéis justa la matanza que el militarismo y la burguesía han hecho en nuestras filas? ¿Creéis que sea amor esta matanza? Si Dios existe como idealidad, priva una certeza horrible: el predominio del mal...” (en Rodolfo Buezo, *Sangre de hermanos*, 1936).

El grave matiz de ortodoxia —“la burguesía”— no oculta el sentido pleno que reviste el marxismo de Martí. El marxismo no

es un materialismo ni histórico ni dialéctico. El marxismo es una moral. Define una ética que declara una doble verdad: el enlace terrenal de la iglesia con el “poder militar” y su participación en un crimen colectivo. En un etnocidio del cual nunca se arrepiente.

Martí no incrimina a la iglesia por sus valores absolutos. Sabe que la “idealidad” de un “no matarás” es incuestionable. Igualmente juzga irrefutable “amarás al prójimo como a ti mismo”. La máxima “Dios es amor” brota en aureola patente de sus palabras.

Pero los actos de la iglesia no se corresponden a su prédica. Por una distancia entre el dicho y el hecho, Martí la acusa de participar en un crimen primordial. La iglesia es cómplice de la matanza.

En la propia catedral metropolitana la iglesia católica bendice el genocidio de 1932, del cual jamás se rebaja a confesar su culpa. Más allá del bien y del mal, sus actos los justifica una posición mundana de poder político. En nombre del “amor” la iglesia se alía a las armas del sacrificio y de la violencia.

Esa alianza destructiva y odiosa resume la prédica marxista de Martí, en su confesión

¿Creéis justa la matanza que el militarismo y la burguesía han hecho en nuestras filas?



final antes de enfrentar el patíbulo. Su marxismo —insisto— no es un materialismo. Es una ética que denuncia la complicidad de la iglesia en la matanza.

Semanas después del fusilamiento de Martí, una misa de campaña en el atrio de la catedral salvadoreña confirma su solicitud por una conducta intachable. “En solemne misa en el portón de la Catedral de San Salvador a la iglesia católica le corresponde “bendecir al Gobierno, Cuerpo del Ejército, Guardia Nacional, Guardia Cívica y Cuerpo de Policía General, por su noble y patriótica actitud en defensa de la sociedad salvadoreña, de las instituciones patrias y de la autonomía nacional” (El Día, 29 de febrero de 1932). La “defensa de la sociedad” Martí la llama matanza.

Ante esos hechos, no es de extrañar que la iglesia católica se desprestigie y su liderazgo espiritual se desmorone. Prueba de su ruina ética es el auge de iglesias alternativas, sean de raigambre cristiana (bautista, evangélica,

luterana, pentecostal, etc.), judaica y musulmán tradicionales en el suelo español, indígena ancestral en el suelo salvadoreño, los múltiples misticismos como la teosofía de los círculos intelectuales de los años treinta, o bien un escepticismo agnóstico.

Todas estos credos ofrecen perspectivas distintas sobre una moralidad católica en crisis. El llamado marxismo de Martí es una respuesta adicional a la angustia ética de una sociedad tradicionalmente católica. El monopolio religioso del catolicismo explota en una miríada de constelaciones morales.

A los sociólogos de indagar las causas políticas y sociales de la implosión. A mí, con toda modestia, me interesa señalar la dimensión ética de la ruptura. Si la iglesia católica pierde el monopolio tradicional sobre lo sagrado, una arista esencial de su descalabro se llama infracción a la ética. La desobediencia a sus propios principios morales sigue sin acto de constricción —sin confesión ni perdón—

ya que la soberbia práctica dirige su acto ideal de humildad.

Esta arrogancia que, sin remordimiento, se jacta de poseer la verdad absoluta la reitera este cambio de año. De nuevo, en la fachada de catedral se celebra el saqueo. La demolición actual le

El poema y el pensamiento verdaderos son expresiones diferentes del rigor creativo

corresponde al arte y al patrimonio estético de una nación. Un mural de Fernando Llort que adorna el frente de la catedral acaba en el basurero de la historia por orden superior.

En este acto de vandalismo, la iglesia católica se sitúa más allá de toda ley nacional —más allá del bien y del mal. Obra de manera arbitraria sin respeto al patrimonio de la nación que la hospeda en el reino de este mundo. Su acción hace la ley y procede a borrar la memoria de un cristianismo que le resulta hoy ajeno a su voluntad suprema. El mando teocrático se vuelve constitución de una república cuya cultura no se respeta.

Si en 1932 la iglesia católica bendice la matanza, la demolición del arte es la esperanza que predica para el 2012. La destrucción de una est-ética es una ética de la destrucción. La obra de Llort representa un pacifismo utópico, el retorno a un cristiano primitivo, que hoy la iglesia juzga incómodo.

En unas semanas se verificará si la iglesia católica se digna a confesar su complicidad en la matanza de 1932, luego de ochenta años de silencio arrogante. Por el instante, en esta celebración del nuevo año sólo se augura lo funesto. Pese a su giro liberador en los setenta y ochenta, el 2012, la iglesia lo inicia violando la ley del patrimonio nacional.

Si la exigencia jurídica le reclamaría restaurar la obra de arte dañada, la exigencia moral le demandaría pedir perdón por su complicidad en la matanza. En este mes de enero de un año cabalístico queda pendiente si, en humildad, la iglesia católica restablecerá sus dos infracciones ética y legal. O bien si aumenta su deterioro moral, cediéndole a otros credos religiosos y laicos su autoridad ética en desgaste.

A la espera, en este desierto de Aztlán, en el pueblo de Comala, sólo me queda reiterar con Martí la “certeza horrible [d]el predominio del mal...”, al ritmo de la mejor canción del rock salvadoreño de los setenta. Entre el piano, la guitarra y el coro. “Rosas solíamos ver, más ahora un atardecer” ético. Me muevo en el ocaso de la est-ética de la verdad católica, “de ti y de los demás”. Aun así “abriendo caminos voy...”.

María Zambrano y la urgente necesidad de escribir

ÓSCAR SÁNCHEZ
Investigador

Coincido totalmente con el lema a pie de página de los Suplementos Tres Mil y Aula Abierta del Diario Co Latino: “Leamos salvadoreños, un país que lee crece”. A este eslogan, buscando su contrario, agregaría el término escribir, dejando un enunciado final que reza: “Escribamos y leamos salvadoreñas y salvadoreños, un país que piensa y lee crece”.

Retomo en este artículo a María Zambrano y su legado literario desde su condición de mujer, defensora de la condición humana y la convivencia pacífica y de unidad. Para esta filósofa lo que la “modernidad” y el mundo occidental nos han llevado es a la renuncia del hombre y la mujer a ser persona, a la resignación de vivir humanamente; habita en él y ella un eterno presente donde la historia ya no se constituye como proyecto, donde no existe progreso ni democracia, sino el poder absoluto de dioses oscuros ávidos de sacrificios humanos: la democracia y la historia verdaderas -humanas y, por tanto, morales- parecen empresas condenadas a la destrucción. Hago referencia a su primer ensayo, recogido en su libro “Hacia un saber sobre el alma”, publicado en 1933 y que denomina: ¿Por qué se escribe?

El escribir conlleva una abstracción mental propia del razonamiento, del pensar sobre el pensar, de rumiar

nuestra propia historia; de ir en contracorriente o contrapelo de los escritos oficiales, es el turno del ofendido como diría Roque Dalton, es la historia de los vencidos como apuntaría Walter Benjamín en su crítica a la modernidad; porque retomando a Hegel: ¿Quién ha escrito la historia? Los vencedores.

El escribir requiere que nuestro pensamiento sea autónomo, es decir propio, asumiendo una conciencia de clase. Hoy día predomina lo heterónimo, donde el sistema piensa por nosotros, los “otros” nos ahorran la tarea de pensar. Martín Heidegger le llamó a esto “vivir en estado de interpretado”, donde las ideas no son nuestras, no son propias. Heidegger dice que uno o vive auténticamente o inauténticamente; cuando vive inauténticamente, vive en estado de interpretado, porque ninguna de nuestras opiniones son genuinas, son interpretaciones que hemos incorporado, que repetimos sin una detenida reflexión.

Para Zambrano nuestra forma de pensar, abstraído del “otro”, suele endiosar el sistema de pensamiento y dejar la persona en merced de ese sistema (ideas marcadas más perversas como racismo, pero también sublimes como la diversidad cultural, la democracia y el socialismo). Cuando endiosamos estos concep-

tos estamos preparando el campo para el sacrificio de vidas humanas.

El escribir requiere que nuestro pensamiento sea autónomo, es decir propio, asumiendo una conciencia de clase.

Ese es el problema. Por eso María Zambrano habla de la historia sacrificial. Todo occidente tiene bien metido este esquema.

Muchos no nos atrevemos a escribir por temor a equivocarnos, y la equivocación en muchas ocasiones radica el tener problemas con el lenguaje. El estilo personal de Zambrano, y otros autores del talante de

Nietzsche, consistía en aceptar y someterse a las más radicales exigencias lingüísticas. Su pensar con estilo, admite no luchar contra el lenguaje sino buscar su estilo en y a través del estilo del lenguaje (incluyendo las reglas gramaticales más estrictas). Pensar y escribir con estilo y cabalgando ese tigre que es el lenguaje -pues si se pretende desmontarlo nos devorará- no es para Zambrano o Nietzsche una cuestión meramente formal, de estilo; sino más bien al contrario, es la condición necesaria para dar con nuestro contenido profundo, es el momento preciso para escribir nuestra historia desde los oprimidos, desde los desposeídos y esto lo lograremos revitalizando el vigorizante uso de las palabras.

En nuestro medio las escuelas no nos enseñaron a leer, a analizar, mucho menos a escribir. Lo más que lograron fue la transcripción de textos y el

desarrollo de la memoria. Pero nunca es tarde para aprender: intentemos leer, provoquémonos el pensar... estas competencias nos exigirán la urgente necesidad de escribir.

El escribir requiere imperiosamente repensar la cuestión de la persona. Para María Zambrano hay un problema propio del logos occidental. Desde occidente nos hemos entendido con la historia. Hay una forma de entender y enfrentar la historia en la cual distamos de ser agentes, sino

que padecemos la historia, no es algo que se viva o haya posibilidades de incidir, de hacerse sujeto histórico. Esta idea ilustrada de sujeto histórico parece más bien un hecho constitutivo de la modernidad.

Sujetos de la historia y no víctimas de la historia, eso es lo que pedimos y esto lo lograremos al escribirla y re-escribirla.

Escribamos juntos la historia... nuestra historia, esa es la exhortación.



María Zambrano, pensadora española.

HACIA UN SABER SOBRE EL ALMA ¿POR QUÉ SE ESCRIBE?

(FRAGMENTO DE MARÍA ZAMBRANO)

Escribir es defender la soledad en que se está; es una acción que sólo brota desde un aislamiento efectivo, pero desde un aislamiento comunicable, en que, precisamente, por la lejanía de toda cosa concreta se hace posible un descubrimiento de relaciones entre ellas.

Pero es una soledad que necesita ser defendida, que es lo mismo que necesitar de justificación. El escritor defiende su soledad,

mostrando lo que en ella y únicamente en ella, encuentra.

Habiendo un hablar, ¿por qué el escribir? Pero lo inmediato, lo que brota de nuestra espontaneidad, es algo de lo que íntegramente no nos hacemos responsables, porque no brota de la totalidad íntegra de nuestra persona; es una reacción siempre urgente, apremiante. Hablamos porque algo nos apremia y el apremio llega de fuera, de una trampa en que las circunstancias pretenden cazarnos, y la palabra nos libra de ella. Por la palabra nos hacemos libres, libres del

momento, de la circunstancia asediante e instantánea. Pero la palabra no nos recoge, ni, por tanto, nos crea y, por el contrario, el mucho uso de ella produce siempre una disgregación; vencemos por la palabra al momento y luego somos vencidos por él, por la sucesión de ellos que van llevándose nuestro ataque sin dejarnos responder. Es una continua victoria que, al fin, se transmuta en derrota.

Y de esa derrota, derrota íntima, humana, no de un hombre particular, sino del ser humano, nace la exigencia de escribir. Se

escribe para reconquistar la derrota sufrida siempre que hemos hablado largamente.

Y la victoria sólo puede darse allí donde ha sido sufrida la derrota, en las mismas palabras. Estas mismas palabras tendrán ahora, en el escribir, distinta función; no estarán al servicio del momento opresor; ya no servirán para justificarnos ante el ataque de lo momentáneo, sino que, partiendo del centro de nuestro ser en recogimiento, irán a defendernos ante la totalidad de los momentos, ante la totalidad de las circunstancias, ante la vida íntegra.

LA NOVIA EN EL HERPETARIO

Plash, plash la lluvia contra mi cara.
Plash, plash la ciudad contra mi cara.
Condenada a no respirar, amo;
a besar el barro, olvido,
a tocar el cobre, jamás perdono.

Plash, plash y me pierdo entre los rascacielos.
Plash, plash, y entiero mi sombra en un puñado de vidrio.
así soy, plomiza bajo el agua
ahogada de girasoles cuando llueve;
de víboras, cuando alguien bebe el sudor de mis cabellos.

Plash, plash, la calle se alarga hacia la noche
y el latido se larga hacia otra vida.
Plash, plash la lluvia contra tu cara,
Plash, plash, mínimas lágrimas sobre mi féretro.

EN LOS TEJADOS, LA SOLEDAD

No hubo más tiempo para las manos de tu voz sobre mi cintura.
El mundo es hoy una larga sordera de párajos y grillos,
una boca cerrada frente a nuestra puerta.

Yo no sé qué pasó
o me hago la dormida para evitar al viento,
evitar
las cuentas de un alma rota entre mis piernas.

LOS CÓDIGOS FOSFORESCENTES

Madre, enloqueceremos algún día como la abuela.
Vestiremos de la mañana más antigua. Ahora trato de comprenderlo.
Es por eso el temblor de bruma a la hora de nuestro sueño,
es por eso el rumor que me llama desde las hogueras de mis manos.
Pero no hay fe para nosotras,
y pobre de nuestros hombres que han puesto su lengua sobre nuestro
corazón.
No digas que "NO",
lo he leído en las lágrimas de la abuela:
o es un rayo o es la locura que hará colgarnos de nuestras trenzas.
Trato de comprenderlo ahora
y escribo mis días con mariposas apretadas en los puños.
Todo escapa de mi habitación: los muebles, mi ropa, la cama.
Todo corre hacia las sombras,
toda agua corre hacia la sed, madre.
No trates de convencerme sobre lo contrario.
No me digas "NO",
porque he leído en tu sangre que la sangre es grave y fuerte.
Es por eso esta calle abarrotada de crucifijos,
por eso las voces heridas en nuestros cantos.
Trato de entenderlo
y el destello de nuestra piel cada vez es más profundo,
como una sombra voraz -animal de 20 puñales-.
Tan hermosa es nuestra sonrisa.
Tan hermosa y terminaremos comiéndola.

MILNUEVEDEAYER

Hermana, súbele volumen a la noche,
hazla crecer y derribar todas sus tejas.

Ah la distancia y sus mujeres arrojadas de los trenes,
pero es poca la distancia entre nosotras
aunque ya son años las ciudades de no encontrarte en mis días.

Tanto cielo creció en mis uñas
y tanta selva me hice desde entonces.

Pero vos me reconocerías
mis ojos tienen el color de los tuyos aun con lágrimas y harina de por medio.
Me reconocerías tan fácil, si el pelo se me enreda en las palabras, a tu
manera.

Yo sabría tu voz,
la sombra de tu mano en mi frente,
tu forma de extraviar la eternidad en la muerte del abuelo.

Y sabrías que jamás fuimos del silencio
porque te contaría de mis novios famélicos,
de esas estrellas que guardo ante los demás;
Conocerías mi universo de peces.

Dariela

Quinteros

San Vicente, El Salvador, 1989

Poemas cortesía de la autora para el Suplemento cultural 3000

Sabrías entonces, hermana, que nunca te fuiste.

PLEGARIA

a Ale C.

Novio del cuchillo rojo,
he preguntado por el olor de tus ojos a niñas ciegas.
El precio ha sido quedarme sin lengua;
saber tu sombra y no tu nombre,
estar dormida y no soñarte.

Novio del cuchillo rojo,
cuándo vendrás a derribar estos muros de niebla,
todo este lodo en las orejas
que no me deja escuchar las canciones hermosas del mundo.

Cuándo vendrás a llenarme de caídas, de espejos y madrugadas
si tuyas las raíces de mi llanto y los pájaros ajenos.
Porque tuyas esas palabras detenidas en los relojes
Tuyo lo que callo si me miras,
mío lo que toses si me sonrío.

Novio de mis raspaduras y nunca mío,
si te veo, lloro.
Lloro si me quedo y no te toco.
Estoy cerca de tu herida
y no puedes imaginar
mi sangre arrodillada ante tus labios.

LOS HOMBRES SIN DIENTES

Recuerdo un novio, dos, tres.
Siempre las mismas palabras,
los mismos gestos antes de dormirme bajo todos los deseos.

Aun sus caminos eran los mismos barcos
entre los aromas y las púas electrificadas de la costumbre.
Nada cambiaba sus rostros,
algunos de piedra de invierno y otros de martes por la tarde.

Todos cabían en mis ojos.
Cada uno traía una sed diferente
pero cada cuanto se mudaban,
les incomodaba algún estornudo, alguna tos mía
(eso no lo sé)

Recuerdo cuatro novios, cinco, seis.
A todos les quedó mi corazón de damisela en peligro.
Y aunque siempre a tiempo, nunca me salvaron.

Tejí para ellos constelaciones desconocidas,
y los adorné de caracolas y espejos.
Ellos nunca entendieron de las olas
y del silencio de ese mar que dejaba sobre sus párpados.

Agua
agua de pan

pan de agua era para quemarles el labio.
Ellos habrán odiado mi nombre en su hora

(eso tampoco lo sé.)

Hubiera querido un novio,
uno, para asomarme a sus poros
y ocultarme del mundo y llover sobre su
pelo.
Los hombres que me visitaron
solo tenían hambre
y eran hombres sin dientes.

Nos fascinaba contemplar las velas encendidas. Largas y blancas que parecían sirios de muertos, o gordas como velas de altar. Estar cerca de una vela encendida era algo muy especial, no sólo porque en el cantón no había luz eléctrica y faltaban muchos años para que tal evolución se produjera, sino porque la mayoría de veces sólo se usaba candil y éste despedía su característico olor a gas kerosén con ese humillo que se nos metía adentro de las narices. Una vela encendida significaba disfrutar de los cuentos de la niña Chana, de cómo surgieron las estatuas en el caserón de los palos de fruta; o la pasada de don Meme, de como la siguanaba se le había aparecido “era bonita, bonita, sus ojos seductores me llevaron hasta la orilla y allí me dijo que me desnudara...” Nosotros parpadeábamos ante cada una de aquellas palabras; nos rehusábamos a quedarnos dormidos, pues la expectación penetraba lentamente nuestros poros.

El Geñito era hijo de la niña Luisa. La señora se había hecho de una marimba de seis hijos más. Siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, y un año de edad. Ellos vivían más abajito del cantón El Guaje, como a unos cien metros de la choza de la viejita huesuda. Le había tocado por suerte al pobre Geñito, que era el mayor, atender a sus hermanitos mientras su madre conseguía el conqué. Hacía cuatro años que habían metido preso a su tata por andar de pleitista. Dicen que l’izo una herida en la espalda a don Teófilo, el de los ojos d’iagüa y que con eso lo mandó pal otro lado. La cuestión es que cada vez que su mamá lo iba a visitar allá onde lo tenían guardado regresaba siempre con otra barriga. Así la marimba se fue haciendo responsable del Geñito. Por eso cuando cuando la niña Chana o don Meme contaban aquellas historias llenas de misterio, el Geñito también se sumergía en sus propias historias. Se veía a sí mismo como un ángel flotando en la suavidad de una superficie que no alcanzaba a adivi-

te para las mugrosas criaturas. Pese a toda aquella vida de miserias, el Geñito se escapaba de vez en cuando, para divertirse con nosotros. “Mirá Chepe” decía, “¿Cómo hizo tu mamá para tener sólo a vos?”, “yo hubiera querido también ser el único hijo...” Yo me quedaba tieso, no sabía qué decir, pero el Mincho estaba ahí siempre listo a responder. “Lo que pasa Geñito”, le decía “es que vos sós un ángel y Dios te ha mandado para que cuidés a esos pobres bichos que también son tus hermanos”... “Es dura la prueba, pero sós el indicado...” Por increíble que parezca, el Geñito sonreía con aquellas palabras. Entonces cobraba autoestima y en las noches de velas y de historias, volaba con su alma encontrando cobijo en algún lugar azul, recóndito, infinito, que los adultos con el alma enturbiada por el tiempo, no podían ver. Su pelo de elote por la desnutrición, se sacudía con la brisa. Ocurrió que llegó el fin de año. Ni Santa Claus ni el Niño Dios le llevaron algún presente. “Debe ser”, de-

uno se va a la tienda, compra su paquetillo y revienta de lo lindo esos cuetes que vienen amarrados por diez y uno debe irles quitando el hilito. Esos cuetillos a veces explotan en la mano, pero como uno tiene el pellejo duro, termina muerto de risa. Dieron las doce. Por todo el cantón se escuchaba el bombardeo de pólvora. “Púchica, si esto parece una invasión!”, decía mi madrecita. Don Casimiro que vivía cerquita onde mí, había comprado morterones de aque-

de altar... “¡Geñito! ¡¿Díonde has sacado ese morterote?!” “Me lo mandaron los espíritus de fin de año...” Fue todo lo que dijo, y diciendo esto se dirigió a la vela para encenderlo. Nosotros mirábamos atónitos el enorme mortero que era casi tan grande como uno de sus brazos. No tuvimos tiempo de reaccionar. Cuando nos dimos cuenta, el Geñito había prendido la mecha... Esta se comenzó a quemar como en cámara lenta... Fue el Mincho quien reaccionó y gritó “¡Geñito, aventálo!”, “¡Geñito, aventálo!”, gritaba con desesperación. El Geñito se quedó prendido del mortero. Sus hermosos ojos siguieron la mecha quemándose despacito... la brasa avanzaba con una belleza inexplicable en la que él podía encontrar su alma parpadeando una y otra vez en un silencio azul... La luz de aquella brasa que quemaba el mortero era hermosa, parecía pedir contemplación... los días tristes del Geñito se convertían en grandes e inmensos valles llenos de felicidad... “¡Geñito, aventálo!”, “¡Geñito, aventálo!”, seguía gritan-

En la mirada del Mincho la tristeza parecía haber pedido posada... El Mincho miraba todos los rincones del pueblo con ausencia.



Cuando esas historias se dejaban escurrir, de cuando en cuando nuestra mirada se perdía fijamente en la mecha de la vela. Había tal encanto en ella que el ir observando cómo se derretía la cera, atrapaba casi hipnóticamente nuestra voluntad. De pronto escuchábamos: “y entonces vino la Siguanaba y puso su brazo alrededor de mi cuello... y fue ahí onde me di cuenta que no era una mujer bonita... sino el mismo diablo...” Esas palabras nos sobresaltaban y nos traían de regreso desde la mecha de la vela. Y así pasaron muchos días y muchas historias en que todos los niños veníamos a escucharlas, entre ellos el Eugenio, a quien todos llamábamos Geñito porque era el más pequeño de nosotros.

nar... y así flotaba su pensamiento, al margen de toda realidad, y de toda historia que los humanos que le rodeaban pudieran contar. La niña Luisa se esforzaba por llevar el sustento a su casa. Algunas veces acompañaba a mi amá y a la niña Chayo al mercado a vender lo que se pudiera: rábanos, lechugas, berros... lo que sea que creciera a la orilla del río Limón. Así sacaba algunos centavitos. El Geñito se iba de casa en casa, con los cipotillos a ver si le caía alguna tortilla, o chorizo, para mitigar el hambre de aquellas bocas que veían en él a su pájaro alimentador. Nunca faltó una mano, o un corazón, que luego de maldecir a “la loca de tu nana” extendía tortillas y aguaca-

cía “que como soy un ángel creen que no lo necesito...” Entonces, en secreto, cuando pasó por la choza de la viejita huesuda, pidió que le fuera concedido un mortero grande; el más grande, para poder quemarlo el treinta y uno. Soñaba el Geñito que los reyes magos le traerían una mejor vida... ¡Qué mejor que quemar un mortero para cerrar el año! Allá en el cantón no todo es alegría para el fin de año. Los que no tenemos ni en qué caernos muertos apenas si quemamos algún cuetillo. A hurtadillas, al calor de las pláticas de los adultos, uno puede ir y pedirle los diez centavos a la mamá, quien por vergüenza con la gente que está presente, termina metiéndose la mano en el delantal y cediendo, y así

llos que daban miedo. Él siempre traía la guerra para el fin de año. Nosotros nos fuimos más abajito para reventar nuestros cuetillos, - para poderlos escuchar- porque los de don Casimiro eran poderosos. Encendimos nuestra candela y casi sin darnos cuenta fuimos quemando nuestro paquetillo de cohetes. Nuestras amás seguían allá prendidas de las pláticas de las otras señoras en la casa de don Casimiro, quien siempre mandaba cocinar lo suficiente para que todo aquel que lo quisiera visitar se fuera contento. Estábamos mirándonos la cara, pues el paquetillo se nos había acabado, cuando en medio de la oscuridad, apareció el Geñito con aquel morterote que tenía el tamaño de vela

do el Mincho. De pronto en un momento de determinación corrió el Mincho a quitarle el mortero. A manera de Neo voló y de un puntapié arrojó lejos el mortero. El Geñito se irritó por aquella acción y en un abrir y cerrar de ojos corrió hacia el mortero que en esos momentos terminaba de quemar la mecha... El ¡BOOOOMMMMM! Nos dejó sordos, boquiabiertos y temblorosos. Miramos para un lado y para otro y no lo encontrábamos. “¿Lo mirás Chepe?”, “¡Allí está, allí está!” Grité con aturdimiento. Debajo del montón de papeles estaba el niño cubierto de sangre... “¡Niña Luisa!, ¡Niña Luisa!, corrió gritando el Tavo. Ins-

/Sigue en página 7

Viene de página 6/

tantes después llegaron los adultos, la niña Luisa lloraba, don Casimiro daba órdenes. Subieron al Geñito al pick up de don Casimiro y se lo llevaron al hospital Bloom. “¿¡Qué estabas haciendo aquí!?”, gritaba mi madre “¿¡Qué estabas haciendo aquí!?! ¡Mono pasmado!...” Halándome de la oreja mi madre me arrastró hasta nuestro jacalito. “Ave María Purísima, protege a ese muchachito... ¡Qué culpa tiene!” “¡Qué madre más descuidada!” Todos nos mirábamos con esa perplejidad que nos hacía sentir culpables de estar vivos... Los días trajeron la noticia. El Geñito logró sobrevivir al estallido. Los adultos se juntaban para hablar sobre el caso.

Nosotros acercándonos un poco logramos escuchar “Dentro de todo, gracias a Dios, es un niño con voluntad fuerte...” Efectivamente logró sobrevivir, pero perdió el brazo. La piel de su rostro ya no recordaría tampoco al pequeño angelito que era. Su mirada quedó perdida en algún lugar lleno de secretos. Cuando volvió al cantón todos querían mirarlo como la cosa rara en la que se había convertido. Las señoras vecinas le llevaron comida y ropita con tal de mirarlo y satisfacer el morbo. La niña Luisa agradecía. El Geñito tenía la mirada fija... “¿Cómo pudo la virgen permitir esto! ¿Cómo pudo?”... “Nadie debe cuestionar los caminos del Señor...” Llegó la mañana del Día de Reyes Ma-

gos. Los niños sabíamos que los reyes traían regalos que no había podido Santa Claus o el Niño Dios. Don Casimiro, la niña Chita, don Luis, quisieron ir a visitar al Geñito para llevarle alguna alegría... Se encontraron con la niña Luisa llorando. El Geñito parecía descansar, pero su cuerpo yacía yerto sobre el césped que rodeaba la vivienda. Tenía sus grandes ojos fijos, perdidos en algún lugar azul lleno de hermosos valles con algodones de azúcar y néctares que llenan de felicidad. Su pelito de elote, delgado por la desnutrición, se levantaba con la brisa.

| artículo |

Credos literarios

ES RARO EL ESCRITOR, GENIAL O MEDIOCRE, QUE ARROJA UNA LUZ NUEVA SOBRE LA ENTIDAD DEL POEMA Y SU VIDA METAMÓRFICA

ÁLVARO RIVERA LARIOS
Escritor

Podemos opinar en contra o a favor de los credos en general. Los hay de diferente tipo: religiosos, políticos, educativos, morales, estéticos, etcétera. La cohesión y la orientación práctica de un grupo serían inexplicables sin un conjunto de creencias. Al igual que los electricistas y los panaderos, los literatos tienen ideas respecto a su lugar en la sociedad y sobre la naturaleza y el papel de la obra que producen. Al poeta y al novelista les gusta creer que sus opiniones estéticas son personales, un fruto de la libre reflexión y elección que se haya milagrosamente al margen de las corrientes de ideas que dominan su época. Por eso, si uno les pregunta cuáles son su estética y su preceptiva literarias, negarán su adhesión a cualquier conjunto cerrado de principios o normas básicas. En una época que presume de ser crítica, los escritores suelen echar al credo literario por la puerta de lantera, pero lo vuelven a introducir por la ventana de atrás. Nadie quiere admitir que su imagen de la poesía, ya sea crítica o conservadora, es reductible a un conjunto de tópicos y principios elementales no analizados profundamente. Así como pretende huir del lenguaje llano, el poeta pretende escapar también de los tópicos. A menudo consigue lo primero, pero suele fracasar en lo segundo. En principio, no hay nadie que no posea un conjunto mínimo de ideas sobre su campo de trabajo y la naturaleza de sus productos. Esas ideas no son necesariamente un credo, pero pueden serlo si se admiten, repiten y hacen circular sin una profunda reflexión previa. Es la existencia o no existencia de dicha reflexión la que puede convertir las ideas más estimulantes sobre la literatura en una nueva sarta de lugares comunes. Las ideas provocativas de Breton enmohecieron en la mente

de sus seguidores menos perspicaces. La sutileza de T.S. Eliot se convirtió en un recetario para muchos críticos y poetas. Simplificados e instrumentalizados, los postulados básicos de la sociología literaria marxista sirvieron para justificar una autoritaria poética de Estado, la producida y administrada –no sin violencia– por el estalinismo. El pensamiento vivo sobre la literatura tiende a fosilizarse y a convertirse en constelaciones ideológicas que sirven, ya no para iluminar sus objetos, si no que para dar cierta unidad de sentido al campo literario. Es raro el escritor, genial o mediocre, que arroja una luz nueva sobre la entidad del poema y su vida metamórfica. La gran mayoría de bardos en labores filosóficas lo más que consiguen en darle un nuevo lustre a lo que ya se sabe, a ese determinado conjunto de saberes y apreciaciones sobre lo literario que, en un momento y espacio determinados, luchan por establecerse como ideologías gremiales y oficiales del mundo de las letras. Las excepciones confirman la regla y las excepciones son Horacio, Wordsworth, Baudelaire, Valery, Eliot y Paz. Grandes creadores con aut consciencia filosófica que paradójicamente, al ser interpretados e instrumentalizados de forma simplista, han visto cómo el movimiento de sus ideas ha dado pie a nuevos fósiles. He aquí cómo quienes pregonan la autonomía del arte suelen fracasar a la hora de preservar una auténtica autonomía de pensamiento frente a las diversas ideologías estéticas de su tiempo: pueden liberarse de una, pero a cambio de entregarle su alma a otra. Liberarnos de ideas o valores estéticos es imposible, pero el problema surge cuando los aplicamos sin sutileza y acabamos perdiendo de vista la riqueza y la potencialidad que subyace en los diversos caminos de la creación artística. Defender una idea sobre la literatura no es malo, es necesario. Las dificultades sur-

gen cuando dicha idea clausura el diálogo inteligente con otras perspectivas. Entre nosotros, por ejemplo, una perspectiva populista del compromiso literario acabó justificando el descuido estilístico de los poemas, por estimar que la preocupación por el estilo era un vicio de escritor pequeño burgués. Esa misma visión prescribía una agenda temática para todo aquel que quisiera ser considerado como un auténtico poeta. Quienes cuidaban la forma del texto y no hacían denuncias políticas claras eran vistos como sospechosos. El poeta “social” que aún no ha perdido el sentido común sabe que si descuida el estilo está descuidando la eficacia comunicativa de sus textos. Mal se defienden unos valores y unas ideas, si no se expresan con potencia formal. La belleza estilística, sabiamente administrada, como bien sabían los retóricos, aumenta la fuerza del mensaje. Pero cuando se va de un extremo a otro, de una idea cerrada a otra idea cerrada, no se obra con inteligencia plena, se rechaza emotivamente una tesis a la que se niega por completo la más mínima verdad. Ciertas negaciones del compromiso literario populista, a pesar de su aparente sutileza, también rezuman dogmatismo. Eso parecen los excesos de aquella doctrina literaria, y a la vez ideológica, que plantea el cuidado formal de los textos como un programa en el que la experiencia personal y ciudadana deben excluirse. Es otro error. Optar por la forma no tiene que suponer la renuncia de la experiencia, la vida, el paisaje, la historia. Aunque parezca mentira, pueden buscarse síntesis creativas entre el significado y el signifiante. Pero no podremos alcanzarlas, si al mismo tiempo no nos liberamos de los credos literarios.

carlo_burgos@hotmail.com



Carlos A. Burgos

PROSALEGRE

EL CONDOR DE LAS FIESTAS

En todas las fiestas tradicionales José María Rivas estaba presente con su flauta y los tambores que lo acompañaban como el personaje que completaba la estampa autóctona de Cojutepeque. Unos le llamaban El Cóndor y otros, El Pitero. El sonidito cadencioso que a veces se arremolinaba en la punta del pito y le costaba salir, es lo que a la gente le gustaba. En cierta ocasión utilizó una flauta de orquesta y muchos le reclamaron, por lo que pronto tomó de nuevo su varita hueca con hoyos, y le pidieron que no se modernizara porque ya no sería autóctono. Siempre le solicitaban El Pitero, canción que se refiere al armadillo, llamado también cusuco o pitero. La letra comienza así:

«Ayer fui a la arada
arriar un ternero
y me fui encontrando
un hermoso pitero».

En cada tocada comenzaba con unas cuatro piezas autóctonas como El Torito Pinto, El Pitero, El Carbonero y La Caña de Azúcar; enseguida incluía boleros de moda o vales famosos, y después ejecutaba melodías que improvisaba. Cuando le pedían que repitiera alguna de las improvisadas, trataba de interpretarlas de nuevo y le resultaba otra melodía, distinta, pero de igual manera a la gente le gustaba.

Cierta día, cuando pasaba por las Alamedas de San Juan con sus flautas en la mano, algunos estudiantes lo abordamos para que nos hablara sobre sus melodías.

— La verdad es que son interpretaciones basadas en mi inspiración del momento, lo que mi alma me va indicando — nos aclaró.

— Pero, ¿qué significan? — curiosidad de mi parte.

— Muchas cosas, por ejemplo, el abrazo entre la tristeza y la desesperación que caminan cuesta abajo por desfiladeros hasta caer en la profundidad de un alma atormentada: continuo con tonalidades alegres, cada vez con más energía, como escalando montañas, hay optimismo y deseos de festejar. Se cae y pronto habrá que levantarse.

El Cóndor estaba contento atendiendo la conversación formal con la cual nos ilustraba sobre su expresión estética, aunque era un hombre humilde sabía expresar su sentimiento y su experiencia musical autóctona desde la década de los años

comenzaba con unas cuatro piezas autóctonas como El Torito Pinto, El Pitero, El Carbonero y La Caña de Azúcar

cuarenta, cuando amenizó el desfile en carroza tirada por bueyes, de la primera Reina de la Caña de Azúcar, el 17 de enero de 1941.

— ¿Cómo sabes que una melodía es triste o alegre y que sube o baja?

— No se los puedo explicar, pero escuchen algo triste.

Y ejecutó un fragmento con tonalidades de connotación de tristeza y que fue graduando,

como descendiendo y vibró como temblando; luego cambió el ritmo, pasó a algo alegre, siempre en graduación hasta la total alegría.

— ¿Cuál es la clave para improvisar con armonía?

— Saber iniciar porque esta tonalidad es la base que me va empujando a la siguiente y esta a la otra, a cada una se da la duración necesaria, que obliga al cambio. Si no se elige la tonalidad que armonice, hay carraspeo que desentona.

— ¿Alguna vez te han reclamado por malas tonalidades?

— Nunca, pues al improvisar, siento que es una creación viva que debe ser perfecta, la que tal vez no se vuelva a repetir; además, la gente no sabe lo que sigue, pues va naciendo cada segundo.

El Cóndor, José María Rivas, fue un humilde artista que con su flautas de varitas y los tambores amenizaba con original maestría, la tradicional alegría del pueblo cojutepecano.

Después del último segundo

DE NUEVO VI LA LUZ EN LA SUPERFICIE Y SENTÍA QUE NO AVANZABA, PERO NO ME RENDÍA. IBA A LUCHAR HASTA EL ÚLTIMO SEGUNDO. ERA MI ÚLTIMA OPORTUNIDAD.

GUILLERMO MARTÍNEZ
Suplemento 3000

El año para ser sincero no lo recuerdo, ya paso algún tiempo. Como acostumbrábamos en esa época, un grupo de amigos de la capital y yo pasábamos los fines de semana en la playa El Zonte, en el departamento de la Libertad, junto a un grupo de jóvenes surfistas que viven en el sector y que nos habían aceptado como “locales”, término que utilizan entre los que han crecido y practicado este deporte en determinada playa. Algo difícil de conseguir.

Era verano y la mañana era calurosa, la sal en el ambiente y la humedad se pegaban a la piel, pero disfrutábamos de estar allí. Desde días atrás mi tabla para surfear —una morey boogie, tabla pequeña en la que se corren las olas recostado sobre ella— tenía unas aberturas y se le filtraba agua, lo que la volvía más lenta y pesada. Para solucionar esto, había comprado materiales con los que intente repararla y parecía que el resultado al final era satisfactorio. Solo tenía que probarla para saber cómo respondería.

Una hora antes Yuri Calvo, un amigo de San Salvador, ya estaba corriendo las olas de El Zonte. Yo me mantenía en la playa revisando por última vez mi tabla; aunque la verdad, por alguna razón no tenía muchas ganas de entrar al agua. Donny Soriano, otro amigo de la capital se me acercó con la energía que lo caracteriza. “Vamos, no me quiero meter solo”, me dijo. Y salió corriendo a ponerse sus aletas justo al borde del Océano Pacífico, acompañado por su tabla.

“Bueno, de todos modos tengo que probar esta cosa”, pensé. Mi intención no era adentrarme mucho en el pacífico. Por el momento me interesaba más ver cómo reaccionaba la tabla. Corrí un poco internándome en el mar y me arrojé sobre la boogie, ya con la adrenalina comenzando a fluir.

Las olas estaban un poco crecidas y se acercaban en la distancia como un tren cargado y sin frenos, no quedaba más que calcular por donde se les iba a llegar para sobrepasarlas y enfrentarlas. La primera la tome pasando bajo de ella y saliendo por su parte posterior, una técnica llamada “duck dive”. Salí de ella e inmediatamente me enfilé hacia la otra que ya se acercaba, braceando lo más fuerte que podía. Esa la crucé por su parte superior, levantándome sobre su cresta y haciéndome caer por la parte de atrás, salpicando agua salada por todos lados y dejando un resoplido en el aire.

Después de eso, el mar quedó en calma y me senté sobre el boogie, disfrutando del lugar y pendiente de la tabla, por si estaba pesada o si se doblaba. Allí adentro es un mundo diferente y desconocido que hay que aprender a conocer y respetar.

Sabía por dónde había entrado al agua

y en qué punto me encontraba; además quería estar seguro de que la tabla me iba a responder y no me iba a dejar emprobleado dentro del mar. También tenía como referencia a una amiga con traje de baño verde que tomaba el sol en la playa.

Otra cosa que sabía, es que la playa El Zonte tiene por lo general 2 corrientes casi imperceptibles. Una que se localiza por donde se toman las olas normalmente y la otra que lleva a un lugar conocido como “el matadero”, porque si atrapa a alguien, por lo general este es llevado a una serie de cuevas y farallones donde la fuerza de las olas estrellan al desafortunado surfista contra las rocas y donde es casi imposible salir, corriéndose un grave riesgo de perder la vida. Por lo que los surfistas que conocen esta playa evitan esta zona.

Me perdí unos pocos minutos en mis pensamientos y al levantar la vista, me di cuenta que mi amiga que estaba en la playa tomando el sol, ya no estaba en el mismo lugar que unos minutos antes, y no era que ella se hubiera movido. Yo era quien estaba en movimiento. Rápidamente me di cuenta de lo que sucedía, había entrado en unas de las corrientes, en las que todos evitan, en la que lleva al matadero. Veía como el agua del mar corría rápidamente hacia el lugar donde se encuentran los farallones y se adentraba en la inmensidad del océano. No podía nadar en contra de la corriente buscando la playa, porque lo único que conseguiría sería cansarme con rapidez.

Además no tenía mis aletas puestas que ayudan mucho a avanzar. Lo mejor que podía hacer era dejarme llevar por la corriente, guardar lo más que pudiera mis energías e ir buscando de forma paralela las aguas donde esta ya no tuviera influencia. Pero para llegar allí tenía que nadar mucho y debía de aprovechar la fuerza de la corriente que me arrastraba; además un nuevo set de olas se acercaba con toda su fuerza. Eran unas paredes de agua grises-azuladas, que formaban una larga línea que parecía no tener fin y que acostado sobre mi boogie, se miraban más grandes y poderosas.

En esa posición trataba de encontrar el mejor lugar para entrar en la ola y calcular la distancia de esta. Empezamos a acercarnos y me di cuenta que podía pasar sobre ella. Así que nade lo más fuerte que pude, subí por su frente, pasé por su cresta y llegué al otro lado. Mi mirada se centró rápidamente en la próxima ola que ya aparecía en la distancia y me deje llevar por la



corriente. En ese momento me di cuenta que mi tabla estaba pesada y con seguridad se le había filtrado agua. Eso me preocupó un poco, pero había otras cosas que atender por el momento, como el muro de agua que se venía encima.

Hice el mismo proceso anterior para recibirla, solo que esta vez la ola se cerró antes y en su pared frontal creó una gran pared de espuma furibunda. Ahora debía pasar abajo de ella con la técnica duck dive, ya que si lo intentaba hacer de otra forma, me daría un revolcón memorable. Y no estaba en las condiciones y el lugar adecuado para permitirme ese lujo.

Pasé abajo de ella sin problema y al salir por su parte de atrás perdí un poco el equilibrio y caí a un costado de la tabla. En ese momento sentí repentinamente un fuerte jalón en una de mis manos y mire hacia atrás, hacia el sector de la playa. Inmediatamente la presión cesó y me di cuenta de lo que pasaba, el “leach”-cuerda sintética que mantiene unido el cuerpo a la tabla— se había reventado. Me había quedado solo dentro del mar y atrapado en una corriente traicionera.

Hubo un rato de temor y mire a mí alrededor buscando una salida, no existía. Me obligue a mantener la calma y decidí seguir buscando a nado la salida de la corriente. Me enfrente a una tercer ola y me di cuenta que solo mi fuerza física no era suficiente contra ese oleaje furioso que parecía que se había propuesto dejarme allí con ellas. Ya comenzaba a sentir cansancio y deseaba que todo se calmara. Pero el mar no da tregua.

Traté de pasar otra ola pero la tome mal y sentí como me elevó por los pies y me arrastro hasta su parte superior. En ese momento alcance a ver abajo de mí

una superficie líquida y plana que parecía estar en relativa calma antes de ser estrellado contra ella. Al caer sentí como si varios colchones húmedos hubieran sido arrojados sobre mi pecho. No dolió, pero sentí el peso y no recuerdo haber pensado en nada más que en recibir el golpe. Antes ya había recibido revolcones y ya sabía cómo reaccionar.

Después de ser jaloneado sin consideraciones por un buen rato bajo el agua, logre controlar mi cuerpo y salir a la superficie por un poco de aire. Tomé una bocanada y miré con sorpresa como se cerraba otra ola sobre mí, intenté sumergirme para tratar de pasar abajo, pero segundos después sentí todo el peso de la ola justo sobre mi rostro.

Esta vez me sumergí muy profundamente; sentí como mi espalda rozaba la arena en el fondo y su fuerza y avance me hizo girar sobre mí como a un muñeco de trapo. Desde ese

momento mis brazos, piernas, cadera, todo mi cuerpo no tenían control y parecía que de un momento a otro iba a sufrir una fractura por quedar en una posición inadecuada. Era como estar dentro de una lavadora en pleno funcionamiento.

Volví a golpear mi espalda con la arena y luego todo quedó en calma. El golpe me había sacado el poco aire que tenía y por un momento quede desorientado, abrí los ojos y todo era gris alrededor. No sabía donde era arriba, abajo o a los lados. Momentos después sentí que flotaba y supe hacia donde estaba la superficie.

En ese instante comencé a querer subir para buscar de nuevo aire, el cuerpo me lo exigía a gritos y sentía una presión en el pecho y mi garganta. Avanzaba y veía luz arriba, sobre mi cabeza, pero no llegaba. Braceaba, aunque ese momento bajo el agua parecía eterno. La necesidad de oxígeno era ya inaguantable. Hubo un momento en el que por la desesperación debido al deseo incontrolable por respirar, inconscientemente o como reflejo del cuerpo iba a hacerlo, pero me dije: “que vas a hacer, si todavía estas debajo del agua”. Y seguí intentando salir de allí, aunque sin resultados.

Creo que este es el momento en el que las personas pierden la vida en estas circunstancias. Después de eso, en un instante que no recuerdo muy bien, la desesperación se fue y todo quedó en calma. No había miedo, temor, ni angustia, solo sentía una gran tranquilidad y

En ese instante comencé a querer subir para buscar de nuevo aire...

paz. Estaba consciente de todo lo que estaba sucediendo. Sentía como mi cuerpo se hundía lentamente y me decía “y... así es como va a ser, este es el momento”. Sabía que estaba muriendo.

Pensé en mis seres queridos. Vi a mi mamá llorando y enojada conmigo; a mi abuela tapándose el rostro al recibir la noticia; a mis hermanos y mi papá resignados y vi la playa con sus palmeras ondeando en el viento y los cerros que tiene de fondo. En ese momento me dije “Voy a hacer el último intento” y saque fuerzas de un lugar desconocido, y reinicié el intento. De nuevo vi la luz en la superficie y sentía que no avanzaba, pero no me rendía. Iba a luchar hasta el último segundo. Era mi última oportunidad.

Cuando mis pulmones ya no aguantaban más, de repente sentí la brisa fresca del mar sobre mi rostro y tomé la mayor cantidad de aire que pude. Estaba muy cansado y aliviado.

Pero todavía no pasaba el peligro, aún me encontraba en la corriente. Mis brazos y piernas los sentía muy pesados y me costaba levantarlos o moverlos para nadar. Vinieron 2 olas más que logre pasar flotando sobre ellas y luego todo quedó en calma. Nadé como pude de forma perpendicular a la corriente y llegué a una zona menos agitada. Solo quería descansar mis músculos y encontrar algo a que aferrarme y decidí relajarme lo más que pudiera y esperar el próximo set de olas para tratar de llegar a la playa. Aunque sabía que en el estado en el que me encontraba era muy difícil.

Floté por un buen rato pendiente de no caer de nuevo en la corriente y a lo lejos vi que se formaban nuevas olas. “Bueno allí vienen”, me dije. Para mi sorpresa esa ola terminó un tanto lejos de mí. Pero fue aún mayor cuando escuché decir: “¡hey! ¿Qué estás haciendo allí? Era mi amigo Yuri, que había corrido toda la ola y se encontraba a solo unos 20 metros de donde estaba. Lo sorprendente es que no esperaba que nadie llegara hasta ese lugar y menos que fuera uno de mis amigos más cercanos.

Le grité explicándole lo que había pasado y me contestó: “agarra la próxima ola y venite hasta donde estoy”. Hice caso y esa ola me llevó cerca de donde se encontraba. Yuri se acercó y puso su tabla frente a mí y dijo: “dale reemos”. Yo conteste que no aguantaba y argumento: “dale, hacele huevos, sino quieres que los dos quedemos aquí” y comenzamos a nadar. Poco tiempo después estaba sobre la arena mareado, confundido y con un gran cansancio a cuestas, pero feliz de caminar sobre mis pies de nuevo.

Hace unos días un vendedor en el transporte público me entregó una tarjetita con una frase muy sencilla, pero al mismo tiempo profunda que decía: “la peor lucha es la que no se hace”. Esta por alguna razón me trajo a la mente ese recuerdo y otro que no viene al caso en este momento. Algo es seguro, si me hubiera dado por vencido en esa ocasión y de no haber recibido la ayuda en el momento justo de mi amigo, ahora no habría podido compartir estas líneas con ustedes.